

Oscar Wilde

De profundis



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Narrativa

DE PROFUNDIS

Oscar Wilde

1.ª edición: octubre de 2025

Título original: *De Profundis*

Traducción: *Equipo editorial*

Diseño de cubierta: *Carlos Pan*

© 2025, Ediciones Obelisco, S.L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S.L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 253
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-329-9
DL B 15368-2025

Impreso por CPI Black Print - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN.....	7
DE PROFUNDIS.....	11

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Durante mucho tiempo se ha expresado una considerable curiosidad acerca del manuscrito de *De Profundis*, que se sabía en mi posesión, ya que el autor había mencionado su existencia a muchos otros amigos. El libro requiere poca introducción y apenas necesita explicación. Sólo debo señalar que fue escrito por mi amigo durante los últimos meses de su encarcelamiento, que fue la única obra que escribió mientras estuvo en prisión y que es la última obra en prosa que llegó a escribir (*La balada de la cárcel de Reading* no fue compuesta, ni siquiera planeada, hasta que recuperó su libertad).

Al enviarme instrucciones sobre la publicación de *De Profundis*, Oscar Wilde escribió las siguientes líneas:

«No defiendo mi conducta. La explico. También hay en mi carta ciertos pasajes que tratan sobre el desarrollo de mi estado mental en prisión y sobre la inevitable evolución de mi carácter y de mi actitud intelectual frente a la vida. Quiero que tú y otros que todavía se mantienen a mi lado y sienten afecto por mí sepan exactamente con qué ánimo y disposición espero enfrentar el mundo.

Por supuesto, sé que, en cierto sentido, el día de mi liberación simplemente estaré pasando de una prisión a otra y hay momentos en los que el mundo entero me parece no más grande que mi celda e igualmente lleno de terror. Sin embargo, creo que en el principio Dios creó un mundo para cada hombre en particular y que uno debe tratar de vivir en ese mundo, que está dentro de cada uno de nosotros. En cualquier caso, leerás esas partes de mi carta con menos dolor que las otras.

Por supuesto, no necesito recordarte cuán fluida es la naturaleza de mi pensamiento —el mío y el de todos nosotros— y de qué sustancia tan evanescente están hechas nuestras emociones. Aun así, percibo una especie de meta posible hacia la cual, a través del arte, podría progresar.

La vida en prisión hace que uno vea a las personas y las cosas tal como realmente son. Por eso

le convierte a uno en piedra. Son las personas de afuera quienes se dejan engañar por las ilusiones de una vida en constante movimiento. Giran con ese mismo movimiento y contribuyen a su irrealidad. Nosotros, que estamos inmóviles, vemos y sabemos.

No sé si la carta hará algún bien a las mentes de naturaleza estrecha y a los cerebros agitados, pero a mí me ha hecho bien. He limpiado mi interior de muchas cosas peligrosas. No necesito recordarte que la mera expresión es, para un artista, el único y supremo modo de vida. Es a través de la expresión que vivimos.

De las muchas, muchas cosas que debo agradecer al Gobernador, no hay ninguna por la que me sienta más agradecido que por su permiso para escribirte con total libertad y con la extensión que desee. Durante casi dos años he llevado dentro una creciente carga de amargura, de la cual ahora me he librado en gran parte.

Al otro lado del muro de la prisión hay algunos pobres árboles ennegrecidos por el hollín que están empezando a brotar con un verde casi estridente. Sé muy bien por lo que están pasando. Están encontrando su expresión».

Me atrevo a esperar que este fragmento, que retrata de manera tan vívida, quizá también dolorosa, el efecto de la ruina social y del encarcelamiento sobre una naturaleza altamente intelectual y refinada, brinde a muchos lectores una impresión diferente del ingenioso y encantador escritor, distinta de cualquier otra que hayan podido tener hasta ahora.

Robert Ross

DE PROFUNDIS

El sufrimiento es un solo, muy largo, momento. No podemos dividirlo en estaciones. Sólo podemos registrar sus estados de ánimo y cronometrar su regreso. Para nosotros, el tiempo no avanza, gira. Y parece girar en torno a un punto de dolor. La inmovilidad paralizante de una vida cuyas circunstancias están reguladas, cada una de ellas, por un patrón inmutable, de forma que comemos, bebemos, nos acostamos y rezamos o, al menos, nos arrodillamos para la oración, según las leyes inflexibles de una fórmula estricta, esta cualidad inmóvil, que hace que cada día terrible sea, al detalle, igual al siguiente y al anterior, parece incluso transferirse a las fuerzas externas cuya esencia misma es el cambio constante: de la siembra o la cosecha, de los segadores inclinados sobre el trigo o de los recolectores de uvas abriéndose paso por entre las vides, de

la hierba en el huerto cubierta de pétalos blancos o llena de frutos caídos, de todo esto no sabemos nada, ni podemos saberlo.

Para nosotros sólo existe una estación, la estación del dolor. Hasta el sol y la luna parece que nos han sido arrebatados. Afuera, el día puede ser azul y dorado, pero la luz que se filtra a través del cristal grueso y empañado de la pequeña ventana enrejada bajo la cual uno se sienta es gris y mezquina. En la celda siempre hay crepúsculo, como siempre hay crepúsculo en el corazón. Y en el pensamiento, como en el tiempo, el movimiento ya no existe. Lo que tú has olvidado hace tiempo o puedes olvidar con facilidad me está sucediendo ahora y volverá a sucederme mañana. Recuerda esto y así podrás comprender algo de lo que escribo y de cómo lo escribo.

Una semana después, me trasladan aquí. Pasan tres meses más y mi madre muere. Nadie sabía cuán profundamente la amaba y la honraba. Su muerte fue terrible para mí, pero yo, que una vez fui un señor del lenguaje, no tengo palabras para expresar mi angustia y mi vergüenza. Ella y mi padre me legaron un nombre que ennoblecieron y honraron, no sólo en el ámbito de la literatura, el arte, la arqueología y la ciencia, sino también en la historia de mi propio país, en su evolución como

nación. Y yo deshonré ese nombre para siempre. Lo convertí en una burla entre la gente vulgar. Lo arrastré por el fango. Lo entregué a los brutos para que lo volvieran brutal y a los enemigos para que lo convirtieran en sinónimo de locura. Lo que sufrí entonces, y lo que aún sufro, no puede ser escrito con pluma ni puesto en papel.

Mi esposa, siempre amable y gentil conmigo, en lugar de permitirme oír la noticia de labios indiferentes, viajó, enferma como estaba, desde Génova hasta Inglaterra para darme ella misma la noticia de una pérdida tan irreparable, tan irremediable. Me llegaron condolencias de todos los que aún sentían afecto por mí. Incluso gente que no me conocía personalmente, al enterarse de que una nueva tristeza había irrumpido en mi vida, me escribieron para hacerme llegar alguna expresión de su condolencia.

Tres meses más pasan. El calendario de mi conducta diaria y de mi trabajo, que cuelga fuera, en la puerta de mi celda, junto a mi nombre y mi sentencia, me dice que es mayo.

La prosperidad, el placer y el éxito pueden ser ásperos en textura y comunes en fibra, pero el dolor es la más sensible de todas las creaciones. No hay nada que se mueva en el mundo del pensamiento a lo que el dolor no vibre con una pulsa-

ción terrible y exquisita. La fina y temblorosa hoja de oro batido que permite al ojo registrar la dirección de fuerzas invisibles es, en comparación, tosca. Es una herida que sangra cuando cualquier mano, salvo la del amor, la toca —y aún entonces, cuando se trata de la del amor, sangrará, aunque no de dolor.

Donde hay dolor hay tierra sagrada. Algún día la gente comprenderá lo que eso significa. Nada sabrán de la vida hasta que lo comprendan —y naturalezas como la suya lo pueden comprender—. Cuando me llevaron de mi prisión al Tribunal de Insolvencia, escoltado por dos policías, hube de esperar en el largo y lúgubre pasillo. Fue allí donde, ante toda la multitud —que quedó en silencio ante un gesto tan sencillo y conmovedor—, él me levantó el sombrero, con gravedad, al pasar junto a él, esposado y con la cabeza agachada. Hay hombres que han ido al cielo por cosas menores que esa. Es con este espíritu, con esta forma de amar, con la que los santos se arrodillaban para lavar los pies de los pobres o se inclinaban para besar la mejilla de un leproso. No he osado nunca hablar con él sobre lo que hizo. No sé, hasta el día de hoy, si ni siquiera es consciente de que me percaté de su gesto. No es algo por lo que uno pueda dar gracias formales con palabras formales. Lo atesoro en mi

corazón. Lo mantengo allí como una deuda secreta que me alegra pensar que nunca podré pagar. Está embalsamado y conservado, dulce, por la mirra y la casia de muchas lágrimas.

Cuando la sabiduría me ha sido inútil, cuando la filosofía me ha resultado estéril y los proverbios y frases de aquellos que han intentado consolarme han sido como polvo y cenizas para mi boca, el recuerdo de ese pequeño y hermoso acto de amor ha liberado para mí todos los manantiales de la -piedad: ha hecho florecer el desierto como una rosa, me ha sacado de la amargura del solitario exilio y me ha reconciliado con el grande, aunque herido y roto, corazón del mundo.

Cuando la gente sea capaz de comprender no sólo lo hermoso que fue su acto, sino por qué significó tanto –y siempre significará tanto– para mí, entonces, tal vez, comprenderán cómo y con qué espíritu deben acercarse a mí.

Los pobres son más sabios, más caritativos, más amables, más sensibles que nosotros. A sus ojos, la prisión es una tragedia en la vida de un hombre, una desgracia, un infortunio, algo que debe despertar la simpatía de los demás. Hablan de alguien que está en prisión simplemente como alguien que «está metido en problemas». Es la frase que siempre usan, y la expresión contiene la dosis perfecta de

sabiduría del amor. Sucede diferente con la gente de nuestra clase. Para nosotros, la prisión convierte a un hombre en un paria. Tanto yo como los que son como yo apenas tenemos derecho al aire y al sol. Nuestra presencia contamina los placeres de los demás. No somos bienvenidos cuando reaparecemos. Volver a ver los destellos de la luna no es para nosotros. Hasta nuestros propios hijos nos son arrebatados. Esos hermosos lazos con la humanidad se rompen. Estamos condenados a la soledad, mientras nuestros hijos aún viven. Se nos niega la única cosa que podría sanarnos y sostenernos, que podría traer bálsamo al corazón magullado y paz al alma doliente.

Debo decirme a mí mismo que yo causé mi propia ruina y que nadie, débil o poderoso, puede ser arruinado excepto por su propia mano. Estoy dispuesto a sostenerlo. Estoy tratando de sostenerlo, aunque quizás en este momento no lo parezca. Esta acusación implacable la presento contra mí mismo, sin piedad. Por terrible que haya sido lo que el mundo me ha hecho, lo que yo me he hecho a mí mismo ha sido aún más terrible.

Yo era un hombre que mantenía una relación simbólica con el arte y la cultura de mi tiempo. Yo lo había comprendido ya por mí mismo en los albores de mi juventud y luego obligué a mi época a

comprenderlo. Pocos hombres ocupan una posición semejante durante su vida y logran que se les reconozca por ello. Por lo general, sólo lo percibe, si es que llega a percibirlo, el historiador o el crítico, mucho después de que tanto el hombre como su época hayan desaparecido. En mi caso fue diferente. Lo sentí en mí mismo y se lo hice sentir a los demás. Byron fue una figura simbólica, pero su relación era para con la pasión de su tiempo y el cansancio que esta pasión producía. Mi relación era con algo más noble, más permanente, de mayor trascendencia, de alcance más amplio.

Los dioses me habían dado casi todo. Pero me dejé arrastrar por largos períodos de insensata y sensual complacencia. Me divertí siendo un *flâneur*, un dandi, un hombre de moda. Me rodeé de gentes de baja naturaleza y mente mezquina. Me convertí en un derrochador de mi propio genio; desperdiciar mi eterna juventud me producía un extraño placer. Cansado de merodear por las alturas, descendí deliberadamente a las profundidades en busca de nuevas sensaciones. Lo que era para mí la paradoja en la esfera del pensamiento, lo fue la perversidad en la esfera de la pasión. Al final, el deseo se convirtió en una enfermedad, o una locura, o ambas cosas.

Dejé de preocuparme por la vida de los demás. Me deleitaba con lo que quería deleitarme y seguía,

como si nada. Olvidé que cada pequeña acción del día a día construye o destruye el carácter y que, por lo tanto, lo que uno hace en la habitación secreta un día deberá gritarlo a los cuatro vientos. Dejé de ser dueño de mí mismo, ya no era el capitán de mi alma y ni siquiera lo sabía. Permití que el placer me dominara. Terminé cayendo en una desgracia espantosa. Sólo queda, para mí, una cosa ahora: la más absoluta humildad.

He estado en prisión ya casi dos años. De mi naturaleza ha surgido una desesperación salvaje, un abandono al sufrimiento que era doloroso incluso de contemplar, una rabia terrible e impotente, amargura y desprecio, angustia que rompía el silencio con su llanto, miseria que no encontraba voz, tristeza que era muda. He pasado por todos los estados del sufrimiento. Sé, mejor que el propio Wordsworth, lo que él mismo quiso decir cuando escribió: «El sufrimiento es permanente, oscuro y sombrío, / Y su naturaleza es la del infinito».

Aunque hubo momentos en los que me regocijé en la idea de que mis sufrimientos no tendrían fin, no podía soportar, sin embargo, que carecieran de significado. Ahora descubro, escondido en algún lugar de mi naturaleza, algo que me dice que nada en el mundo es carente de significado y menos aún el sufrimiento.